

Nuestra realidad nacional y sus posibles perspectivas de evolución constituyen temas de análisis de muchísimos cubanos. Entre ellos, los jóvenes se destacan como un sector especialmente inquieto, que no renuncia a opinar y trabajar por una vida más plena en el país. Es por eso que nuestra revista ha decidido cederles la palabra en este *Dossier*. Las opiniones vertidas se han irradiado hacia los más disímiles tópicos de nuestra realidad. Con inteligencia y gran sensibilidad hacia la problemática nacional, Marlon González Ocaña, Waldo Fernández Cuenca, Ariel Pérez Lazo, Yerandy Fleites Pérez, Isbel Díaz Torres y Lenier González Mederos nos han ofrecido un cuadro diverso sobre Cuba y sus retos de futuro.

1. ¿Qué sentido tiene para usted la palabra Cuba?

Marlon González Ocaña: Cuba es más que una palabra. Es una pequeña porción de este mundo donde Dios me ha otorgado el privilegio de crecer como hombre, aprendiendo a amar. Es una familia, un hogar, una historia, una cultura... “¡Es la Patria!”. Bien sé que para una generación como la mía la palabra Cuba se ha convertido en un término carente de significados. Se le ve muchas veces reducido a eso mismo, a una palabra, al nombre de un país infértil del que hay que huir a toda costa. Incluso, ya no es raro encontrar quienes se la pasan apostando –¡qué sé yo por qué razón!– al equipo que compite contra Cuba en un torneo internacional de cualquier disciplina. O quienes, sin interesarse por lo nuestro, lo auténticamente cubano, buscan conocer con más ahínco de la historia, del cine o de la literatura de cualquier otra porción del globo, dándole de lado a su propia identidad. Entonces, ¿dónde quedan los nobles sentimientos hacia la tierra que les vio nacer; hacia esa, a la que se refirió Varela cuando escribió en una ocasión en *El Habanero*: “su imagen se separa de mi vista, su bien es el norte de mis operaciones, yo le consagraré hasta el último suspiro de mi vida?” ¿Acaso existe una realidad más inmediata que se robe ese regazo del alma humana?

Mi niñez y adolescencia trascurrieron entre finales de los 80 y la década de los 90, marcadas por la caída del Muro de Berlín y el advenimiento del Período Especial. Época de escasez y de precarias condiciones de vida. El concepto de Patria que se me inculcó en el seno de una familia pobre del sur de la provincia La Habana, no coincidía con la violenta imagen que acompañaba a

la frase de “Patria o Muerte”, y que gritábamos hasta la saciedad en desfiles y formaciones estudiantiles. El rostro de mi Cuba se iba empañando con discursos políticos, convocatorias masivas, revistas militares y separaciones familiares. El despertar de mi conciencia nacional apareció en los primeros años de mi juventud. Cuando, lejos de contentarme lo que me enseñaban en clases, empecé a leer a Varela, Saco, Del Monte, Martí, Carpentier... Ellos me animaron a pensar en mi Isla, y a hacerlo con el grado de responsabilidad que tan alta empresa exige. Mi interés empezó a desintoxicarse al par que intentaba vivir las palabras de Jesús en el Evangelio: “dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo...” (Cf. Mt. 25, 35-45). Mi pasión por Cuba se fraguaba, sin darme cuenta, en la acción caritativa para con los más necesitados. Desde esa relación con Dios y con su Iglesia, la realidad social cobraba sentido; mejor dicho, cobraba **su** sentido. Ya no se trataba de categorías abstractas ni de conceptos políticos elaborados en un laboratorio; pues Cuba está integrada por 12 millones de personas concretas, con una historia, un patrimonio, una cultura, un idioma, una familia.

Waldo Fernández Cuenca: Sentirme en el ojo de una tormenta, Cuba para mí significa exploración permanente, aprehensión inconclusa de una compleja realidad que no termina, ese es el sentido que le veo a CUBA en la actualidad.

Ariel Pérez Lazo: Cuba evoca en mí aquella colectividad que, por habernos formado en ella, sabemos cuántas esperanzas podemos depositar en ella. Creo que uno de los rasgos distintivos de una actitud “anti-cubana” es

la de creer que “esto no hay quien lo arregle”. Entiendo que mi imagen de Cuba es solo una dentro de una pluralidad de visiones: ni clerical ni atea, ni fanática ni profana. Para algunos lo nacional se reduce a lo político y eso ha hecho, por ejemplo, que la prosa de Rafael Montoro no haya sido reeditada, como si el pensamiento autonomista en un momento de la vida del autor lo invalidara como pensador.

Hay un cantante para el cual La Habana es, entre otros detalles, “sábanas blancas colgadas en los balcones”: una especie de visión edulcorada de la pobreza en que vivimos. ¿Ignora acaso que los que se lanzaron a la guerra anticolonial lo hacían, entre otros motivos, porque querían una Cuba que superara la pobreza? Es algo lamentablemente extendido a todas las capas de la sociedad: a raíz del fallecimiento de un reconocido profesor un conductor de televisión dijo, por no sé qué rara obligación, que más que sus virtudes intelectuales, había sido “muy cubano”, entendiéndolo por cubano no la profundidad intelectual (¿por qué no pudiera ser un rasgo de lo nacional?) sino por utilizar expresiones populares en la conversación.

De igual manera pude leer, no hace mucho, las declaraciones de un joven cineasta para quien el héroe nacional debía ser Maceo, argumentando que éste último ha quedado en la mentalidad popular como el de más valentía, como si Martí nunca se hubiera lanzado al combate. Por eso reivindicó la importancia de los auténticos valores nacionales, algo que probablemente implique la revisión histórica, idea que hoy espanta a algunos.

Por supuesto, rechazo la imagen del cubano como un ser negado al compromiso con su realidad, la que, por ejemplo, difunde la historia y la sociología al uso en el terreno religioso, donde se dice que nuestro pueblo es sincrético, explicándolo como tendencia ajena a toda inspiración moral y trascendente.

Para mí, por tanto, Cuba evoca la posibilidad de una nación culta, desarrollada económicamente, ajena a políticas hegemónicas, chovinismos y fanatismos, sean religiosos o ateos.

Yerandy Fleites Pérez: Quiero agradecer a *Espacio Laical* la posibilidad de este diálogo. Cuba es algo tremendo por hacer. No pienso en mi país como un hecho acabado, ni acepto su realidad más inmediata como algo definitivo, ni social, ni política, ni culturalmente. Martí no aceptó la Cuba que su tiempo le ofreció, y entonces ideó otra, se inventó otra y por esa murió. Ahí está su ideario, debemos conocer y aprehender de su Cuba. Pero no creo, sinceramente, que la patria que necesitó Martí y por la que dio la vida sea la misma que yo necesite, ni nadie hoy necesite; tal vez otra además de esa, u otra sobre esa, o una sumatoria. Yo pienso que cada cubano tiene la Cuba que prefiere, incluso, los que defienden su pedacito desde cualquier rincón del mundo. Para mí es más esencial, más imprescindible en tanto más de cada

cubano se vuelva, y más cercano a ella permanezca. Ahora, ese espacio es un espacio inviolable que hay que defender, como Martí lo hiciera. Cada quien murmura su Isla, y cada quien se la inventa. La única razón es que el amor nos mueve. Ahí encuentro a Cuba y me encuentro yo, en la idea de Cuba como patria, como pasión, y comprendo entonces el por qué de seguir por tanto tiempo juntos.

Isbel Díaz Torres: Cuba a un tiempo es y no es el ombligo del mundo, su vórtice, el tálamo donde se macera el amor y desde donde esplende hacia otras tierras. Hay un chovinismo cierto que despierta con la palabra “Cuba”, y que no me empeño en superar. Probablemente esté determinado por el discurso mediático que con su mezcla de patriotismo y **patrioterismo** me ha acompañado toda mi vida, mas percibir esa circunstancia con un sentido crítico hasta ahora no me ha sacado el sentimiento del pecho.

La primera dimensión que me afecta es la Naturaleza, la Cuba física, natural, cruda; que descubrí durante parte de mi infancia en Pinar del Río y luego en los años que estudiaba la carrera de Biología en la Universidad. Los viajes que me llevaron a paisajes ausentes de las guías turísticas y los noticieros televisivos conformaron una vi-

Sobre la necesidad de realizar cambios existe un consenso generalizado en la nación. Estos cambios son codificados de forma diversa por los diferentes actores sociales, de un lado a otro del espectro político nacional.

La reinención del socialismo, la transición a la democracia y la construcción de la CASA CUBA, son los modos en que marxistas, liberales y católicos explicitan, en la hora actual, sus agendas particulares sobre el contenido de esos cambios.

sión más integral, menos complacida y más enamorada de mi isla. Sobre todo porque la experiencia del contacto con la Naturaleza implicó siempre el acercamiento a la gente que allí vivía, desde Caleta de los Piojos, en Guanahacabibes, a una escuela en la cima de una loma rodeada de pinares mágicos en Cajálvanas, o en la Ciénaga de Zapata, o Pico Potrerillo... en fin, cualquier sitio donde los lugareños no te obsequian un plátano o un aguacate, sino un racimo de plátanos o un saco de aguacates a cambio de nada, desarmando totalmente los conceptos de solidaridad, propiedad o sobrevivencia con que cada uno de nosotros carga.

Y en esos parajes el fulgor de un cangrejo moro entre las raíces del mangle, la orquídea que se delata por su olor a chocolate, el parche de helechos en el centro de la laguna amarilla, comienzan a dibujar un espacio entrañable, sobre el que amerita depositar otra serie de conceptos como patria, nación, hogar, etc.

Otro aspecto que me mueve, y que está estrechamente ligado al anterior, es el arte y la cultura cubanos. En mi caso he sido particularmente marcado por la música y la literatura, manifestaciones artísticas que, más allá de circunstanciales legitimaciones a nivel internacional, han logrado en el patio traspasar procesos políticos, historias personales y coyunturas económicas, ligándose cada vez más a la identidad del cubano tanto en las élites intelectuales como en los amplios públicos no especializados.

La décima cubana –en la literatura– se me ha descubierto como un caso ejemplar de resistencia cultural, verdaderamente auténtica, burlándose de todas las dualidades posibles (tradicción-innovación, campo-ciudad, política-amorosa-existencial, oralidad-escritura) y dando siempre un paso más en la sombra. Asimismo, los mo-

vimientos o géneros musicales como la Nueva Trova, el jazz, o la relativamente joven Música Fusión, han definido y ampliado también nuestra íntima cubanía, desembocando al punto en que fiesta / placer estético / goce intelectual, pueden confluír en total consistencia.

En otra dimensión de “lo cubano” podemos trazar un gran arco en nuestra historia que engloba una tradición de ética, resistencia y lucha, de la cual bebo de modo tanto apasionado como crítico. De ahí sale buena parte de mis ideas de auto-emancipación, justicia social y equidad: la imagen de Hatuey prefiriendo el infierno al “cielo español” con las llamas ardiendo ya en sus plantas, la valentía del padre Varela en pleno 1812 al decir “La soberanía y la autoridad residen en el pueblo, no en los reyes”, la gallardía de los ñañigos asesinados al intentar salvar a los ocho estudiantes de medicina, el apostolado de Martí, la incorruptibilidad de Maceo en Baraguá, el arrojío de los jóvenes inconformes con la República traicionada durante la primera mitad del siglo XX cubano, sobre todo aquellos del Directorio Revolucionario y el Movimiento 26 de Julio.

Todas esas imágenes –con sus contradicciones a cuestas– se me aglomeran en la cabeza al pensar a Cuba, e inexorablemente demandan de mí una posición. No se trata ya de fidelidades, sino de coherencia personal, casi íntima.

Lenier González Mederos: Para quienes hemos creído al amparo de las *Apostillas* del padre Carlos Manuel de Céspedes, Cuba comporta una pasión y un delirio, una búsqueda frenética –a la vez que equilibrada– de la armonía entre elementos nacionales diversos. Esta necesidad de recomponer lo que está roto o desgarrado, nace de una antropología convencida de que el ser humano constituye el centro mismo del Cosmos: **el hombre es un tabernáculo sagrado dotado del don preciado de la libertad.** En este nacionalismo de entraña católica, se equipara el cosmos nacional con una CASA, porque su cimiento nace de la fraternidad entre sus miembros. En el plano intrahistórico esta visión poética –la CASA CUBA– asume el rescate de un sentido comunitario para la nación, a la vez que se yergue como un umbral político equilibrado y racional por el que vale la pena sacrificarse. Posibilita el nacimiento de una sociabilidad política que potencia la comunión y el encuentro entre lo aparentemente antagónico e irreconciliable mediante el diálogo. Implica el destierro de todo ejercicio de exclusión. Asume a Cuba como la **necesidad de síntesis, de diálogo y de encuentro.** En este nuevo cosmos nacional, “el adentro” y “el afuera”, la Revolución y el Exilio, la teleología y el pragmatismo, tienen, al menos, la posibilidad de reconocerse como parte de un todo único e indivisible. Es por ello que **Cuba puede ser la Esperanza.**



Marlon González Ocaña

2. En su opinión, ¿cuáles son los logros de la sociedad cubana que considera deben preservarse e incluso mejorarse?

Marlon González Ocaña: En Cuba hay muchos tesoros que custodiar. No es mi pretensión hacer un estudio pormenorizado de ellos. En primer lugar, porque ya otros lo han hecho; y segundo, porque no creo conocer **todos** los logros de nuestra sociedad. Eso sí, me limitaré a mencionar tres de los que considero muy importantes. Pienso en el **arte**, y en cada una de sus ramas. Por ejemplo, en la literatura, que ha llegado a casi todos los rincones de la Isla con muy buenas propuestas; o los casos del teatro y la música, cada vez más insertados en los barrios y comunidades. Es posible apreciar que el cine y la televisión, a pesar de ser pobres, cuentan con un personal talentoso y con proyectos de buena tinta. Los grupos de intelectuales, con sus tertulias, conferencias, y espacios de intercambio mutuo, son fundamentales en esta área. La Iglesia Católica también ha tenido un rol importante en la promoción del espíritu humano, recordemos espacios de promoción como el Instituto Félix Varela, María Reina, San Juan de Letrán, el Seminario San Carlos y San Ambrosio, los espacios en revistas y sitios web, e incluso la labor formativa que se recibe en las pequeñas comunidades. Todo ello, orientado a la formación –y en muchos casos restauración– de la dignidad de la persona humana, son elementos que no podemos olvidar.

Otro aspecto que merece nuestra atención es el de la **asistencia médica**. Como dato fenomenológico, hoy en día casi todos se quejan de las deficiencias en el campo de la medicina; y razones no le faltan. Pero lo cortés no quita lo valiente; y aunque no soy especialista en la materia, creo que los puntos de restauración en la medicina, así como en la educación, la economía y la política, son de carácter antropológico. Sobre el concepto que se tenga del hombre se podrán entonces construir proyectos sociales cada vez más eficientes. Así la doctora mirará al paciente no como un simple organismo de la especie humana, sino como una **persona**, con un **rostro** concreto, cuya percepción me implica, me hace responsable de él, de su historia y de sus padecimientos. La enfermera po-

drá curar una herida con la delicadeza que lo requiere y no con un trato indiferente, característico de seres irracionales y **a-sentimentales**. Sólo entonces podremos sostener una **ética** que respete los principios fundamentales del ser humano, y no caiga en el error de diluir la verdad en criterios de consenso.

Considero que el cubano es un **ser solidario**, incluso en las más precarias condiciones de la vida. No hablo de una solidaridad estigmatizada por la pertenencia o no a un partido, o a un proyecto ideológico; sino de la capacidad esencialmente humana de **confraternizar**, de hacer **común-unión**. Esto se hace evidente en los barrios, en el trabajo, en la escuela, en la guagua..., en fin, en cualquier ámbito de lo cotidiano. Al cubano le gusta socializar su entorno, y

sabe hacerlo con esa sangre criolla que corre por sus venas. Pero a veces la solidaridad es mutilada a causa de la grosería, la falta de educación, el ruido, las pretensiones de manipulación, la mentira, el deshonor y la impiedad. No sólo es cuestión de las nuevas generaciones, las que, por ser más inestables, vulnerables y rebeldes, están más expensas a quebrar las normas éticas de la sociedad. Éste es un fenómeno que se da en la *polis* indistintamente. Y es que debemos salvar la auténtica solidaridad. Esa que se gesta en la raíz más honda de la persona humana, y que reclama una adhesión de la libertad. Ya lo dijo Martí: “La libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a hablar sin hipocresía”.

Waldo Fernández Cuenca: La Revolución, con su carga de utopía y justicia social, ha tratado de incluir a todos en el proyecto de país que se ha querido construir, aunque los tropiezos en el camino han sido muchos y también se han cometido injusticias y grandes errores. Es innegable los altos niveles educacionales y de salud alcanzados durante este período, las mujeres han logrado un espacio incalculable dentro de la sociedad cubana actual y han quebrantado muchos tabúes y prejuicios de una sociedad todavía muy machista. Creo que un cambio político y económico tan profundo como el ocurrido en 1959 ha logrado calar en los cubanos ese sentido de la justicia social y la solidaridad que muchos otros pueblos no conocen. A pesar de los grandes problemas económicos, la delincuencia es baja y el nivel de tranquilidad ciu-

Waldo Fernández Cuenca



dadana, comparado con muchos países de América Latina y Europa, es muy alto. Podrían mencionarse otros logros de menor cuantía y significado, pero estos me parecen suficientes. Estos son los logros que deben preservarse y por supuesto mejorarse, porque muchos conocemos los problemas que enfrenta hoy el sector educacional en cuanto al déficit de maestros y la debida calidad de la docencia y las carencias materiales de nuestro sistema de salud pública.

Ariel Pérez Lazo: Es una pregunta que requiere de la aclaración de ciertos términos. Habría que distinguir entre sociedad y Estado, a pesar que desde 1959 se ha efectuado una identificación en ocasiones casi total entre ambas entidades. Pienso que Cuba se ha deteriorado mucho en algunos aspectos que la constituyen como sociedad, como ha sucedido en el caso de la educación. Por eso me referiré aquí a logros realizados desde el Estado, aunque la separación en ocasiones es relativa.

Mientras el país contó con la ayuda soviética se pudo alcanzar cierto nivel de satisfacciones de algunas necesidades básicas (sobretudo de alimentación), pero al terminar aquella ventajosa relación comercial sobrevino la grave crisis económica que aún padecemos, por lo que en materia de logros, estos, en mi criterio, se han reducido a la extensión y gratuidad de la salud pública y la educación.

Sin embargo, creo que la educación, si bien es un logro en el sentido de su extensión, necesita con urgencia ser mejorada en su calidad y profundidad. He podido comprobar, por el estudio de los libros de textos y a partir de varias opiniones recibidas, que un graduado de secundaria dominaba, décadas atrás, muchos más contenidos que el de nuestro tiempo, hecho que se explica en parte

por la insuficiente formación de los maestros (muchos de ellos sin la suficiente vocación y conocimiento). Estos hechos ya están siendo expuestos en parte por la prensa nacional, pero las medidas tomadas requieren ser complementadas y profundizadas. La crisis de la educación es más grave de lo que se sospecha y requiere de cambios sistemáticos y no parciales. ¿Cómo lograr, por ejemplo, que los alumnos universitarios no plagien textos de internet? ¿Cómo lograr que los jóvenes profesores en la primaria se expresen correctamente o los que imparten clases en el preuniversitario dominen la historia y los elementos de filosofía?

Sin embargo, la pregunta por los logros de nuestra sociedad adquiere relevancia en los actuales momentos por el intenso debate sobre el futuro de Cuba que se desarrolla dentro y fuera de nuestras fronteras.

No creo que el pueblo cubano desee renunciar a la educación y a la salud gratuitas, incluso ahora que tanto la izquierda como la derecha parecen de acuerdo en eliminar servicios gratuitos, ni tampoco esté dispuesto a abandonar viviendas y tierras como lo exige el **programa de transición** elaborado por la pasada administración norteamericana.

Yerandy Fleites Pérez: Aunque sea un camino harto trillado, incluso un chiste, y un chiste hasta malo, sinceramente, yo creo que la educación y la salud; esa idea tenemos que seguir defendiéndola a toda costa, no solo por ser uno de los méritos indiscutibles de la Revolución cubana, sino, además, por ser un genuino logro de nuestra sociedad; porque fue algo que este pueblo defendió y defenderá con uñas y dientes, *cederistamente* hablando. Es cierto que son dos pilares con bastantes pérdidas y ganancias en el decursar de los años, pero tal vez sea nuestro mayor tesoro en la práctica, o nuestro único tesoro, y es nuestro; una ganancia, aunque absolutamente politizada, humana.

Isbel Díaz Torres: Ese gusto por la experimentación, lo inédito, las casi temerarias políticas económicas implementadas en determinados momentos (aunque muchas veces terminaran en descalabros), esa irreverencia hacia lo que ha sido “ensayado y demostrado” por las grandes economías, esas verdaderas subversiones de las lógicas capitalistas del “éxito”, se me antojan como valores generados en la praxis cubana. Prácticas que generan una resistencia verdaderamente anticapitalista y que pudieran ser hegemónicas (en el sentido *gramsciano*) si fueran generadas a partir de la creatividad colectiva y se retroalimentaran de todos los sectores sociales implicados. El ingenio desplegado para superar las crisis de los ‘70 y los ‘90, así como los efectos del bloqueo norteamericano y el bloqueo burocrático interno, son ejemplo de esa resistencia y creatividad.



Ariel Pérez Lazo



Yerandy Fleites Pérez

En el terreno de la participación ciudadana también hemos ensayado con mayor o menor éxito en nuestra sociedad. Es la participación, a mi juicio, el principal mecanismo de empoderamiento de las personas; y en nuestro proyecto socialista, en particular aquellas que contribuyan al fortalecimiento de la hegemonía popular. Es para ello imprescindible recuperar el espíritu libertario históricamente contenido en la práctica y el imaginario cubanos, así como defender y ampliar las cuotas de autonomía conquistadas en estos años.

La sociedad cubana ha generado también determinados sentimientos de justicia social (en los que están incluidas las ideas de libertad e igualdad), que aparecen como conquistas del proceso revolucionario. La universalidad y gratuidad de servicios como la salud, la educación, la cultura y el deporte, aún con todas las reservas que puedan existir respecto a calidades e instrumentalización, los califican como logros importantes.

En cuestiones de política internacional, la postura desafiante antimperialista y la defensa de la autodeterminación de los pueblos por sobre presiones de todo tipo, es un aspecto que me parece imprescindible conservar y agudizar. Aún cuando sea importante el diálogo con las potencias más desarrolladas, en aras de solucionar problemas (sobre todo migratorios), este no debe ocultar las diferencias ideológicas que nos definen. Siempre que insistamos en alianzas económicas con el capitalismo (que no entre los pueblos), más difícil será implementar creativamente nuevas relaciones basadas en la solidaridad, la amistad, el respeto a la naturaleza y los seres humanos.

Por otra parte, el inicialmente llamado "internacionalismo proletario", que después perdió el adjetivo, y que hoy se reconoce bajo el rótulo aséptico de "solidaridad", me parece un principio fundamental aún por desarrollar plenamente. La verdadera solidaridad no debiera ser suplantada por el "asistencialismo" o la "diplomacia médica" que caracteriza en la actualidad los servicios de los médicos cubanos en Latinoamérica y otros países del

mundo. Una entrega verdadera en este campo redundaría en mutuas influencias entre los pueblos en cuestión, y enriquecería el proceso de construcción de nuestras sociedades apuntando sobre todo a la revalorización de las culturas y cosmologías populares (otro aspecto de la resistencia anticapitalista o antiglobalizadora).

La brecha abierta para el derribo de las discriminaciones es otro de los caminos que debemos continuar transitando. El trabajo iniciado, sobre todo en la defensa de los derechos de las mujeres, es una experiencia válida, aunque inconclusa. De igual modo, la lucha contra los prejuicios raciales (tópico recientemente reabierto), el respeto a la diversidad sexual, y a la riqueza espiritual y religiosa de nuestros hombres y mujeres, son temas que han estado presentes con altibajos en el debate social tanto intelectual como popular.

Lenier González Mederos: Esos logros que deben preservarse están directamente relacionados con reivindicaciones traídas por el triunfo revolucionario de 1959. La existencia real de esos logros, y su estrecha conexión con los anhelos de importantes sectores nacionales, ha contribuido a que el gobierno cubano articule el consenso político en el país durante estos 50 años.

Mi generación es portadora de una **cultura política**, aprehendida en el contexto de la Revolución, que posee elementos muy importantes que resultan imprescindibles preservar y potenciar de cara al futuro. Un elemento esencial, muy arraigado en la ciudadanía, está relacionado con la percepción de que determinados "aspectos sociales" -como el **acceso gratuito a la educación, la salud y la cultura**- constituyen derechos inalienables del ser humano. En el aspecto social, se ha desplegado en el país un **quehacer político a favor de las mayorías**, que ha calado hondo en el imaginario colectivo de la nación. Se ha garantizado una cobertura universal en las tres áreas antes mencionadas, llegando a implementarse incluso en zonas intrincadas, montañosas y de difícil acceso.

Si bien es cierto que estos servicios han mostrado cierto grado de deterioro en los últimos años, reconocido incluso por las máximas autoridades de la nación, el hecho de que existan en el país estructuras centralizadas y bien cohesionadas, podría traducirse en una fortaleza para intentar revertir esas tendencias. Todo reajuste futuro a nuestro proyecto nacional estará mediado, quíerese o no, por la impronta de este trabajo en el ámbito social, sumamente valorado por el pueblo, y que genera importantes consensos en amplios sectores nacionales. Preservarlo constituye un reto estratégico.

Otro elemento de gran importancia está relacionado con la **defensa de la soberanía nacional** frente a los poderes foráneos. Luego de 1959, como nunca antes en nuestra historia republicana, el país logró desarticular

los mecanismos de dominación que en la práctica existían sobre Cuba. Las estampas espurias de los embajadores Enoch Crowder, Benjamín Summer Welles y Arthur Gardner “monitoreando” procesos internos, en momentos definitorios de la nación, constituyen hoy escenas del pasado. Esta realidad le brinda al país un margen amplio de autonomía para desplegarse, tanto *ad intra* como *ad extra* de nuestras fronteras geográficas.

Creo que el **Estado debe seguir desempeñando un papel rector** en materia de encauzar y controlar procesos económicos, sociales y políticos de vital importancia para el país, sin que ello implique que continúe desarrollando el papel de proveedor universal que hoy desempeña. Los jóvenes que derrocaron la dictadura de Fulgencio Batista viven como un trauma la debilidad de las instituciones republicanas y la incapacidad del Estado para consumir en la práctica los postulados de la Constitución de 1940. Esta preocupación atravesaba las expectativas de todo el conjunto de fuerzas políticas heterodoxas que se sumaron a la lucha revolucionaria en la década del 50. Al deshacerse el consenso en el seno de esas fuerzas, el sector que logró la hegemonía entre ellas le restituyó al Estado un papel preponderante en la vida nacional. Pienso que en estos años hemos vivido en el polo opuesto a la tendencia que se trataba de enmendar, en el contexto de un Estado hipercentralizado. Las nuevas generaciones tenemos el reto de encauzar mancomunadamente un proceso de diálogo que nos permita consensuar qué papel debe desarrollar el Estado en la Cuba del siglo XXI, que de seguro potenciará mucho más su rol como ente facilitador de procesos, que garantice mayores cotas de autonomía y protagonismo para los actores sociales.

3. ¿En qué ámbitos del quehacer nacional se hace imprescindible modificar el rumbo?

Marlon González Ocaña: Me perdonarán que vuelva a hacer mención de la **educación**, pero realmente es un tema que me preocupa; y creo que en este campo la Iglesia tiene mucho que aportar. No se trata de competir por “poderes” ficticios ni por principios ideológicos. Se trata de salvar al hombre, a ese que bien podrá conocer las leyes de Kepler, los principios de la termodinámica, recitar unos versos de Lope de Vega o hablar del Neoclasicismo; pero la mayoría de las veces, es un hombre que aboga por el derecho al aborto o le es indiferente. Un hombre que le da lo mismo negar a Dios que adorar una piedra. Un hombre que es capaz de leer a Bécquer mientras escucha una pieza de reggaetón con un volumen estridente. Hablo de una educación íntegra de la persona, que no se limite al monótono arte de la transmisión de conocimientos, sino que siguiendo a Varela en *Cartas a Elpidio*: “forme hombres capaces de reflexionar con pensamiento veraz,

bien estructurado y rectamente dirigido, para que el joven estudioso pueda llegar al conocimiento de la verdad particular del estudio en cuestión”. Además, bien sabemos las carencias con respecto a la formación de una conciencia ética, que como todas las manifestaciones humanas, tiene su modulación y articulación concretas dentro de un contexto cultural y un dinamismo histórico. En este caso, la ética cubana no es separable de un proceso económico y político donde se ha dado en muchos momentos y en distintos ámbitos. Como dijera una vez Fina García Marruz: “El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron y se le respira”. Por ello, es preciso volver nuestra mirada sobre Varela, Saco, De la Luz y Caballero, Martí, y todos los que soñaron a Cuba y apostaron por una ética que dio origen a la nacionalidad cubana.

El ser humano constantemente anhela una vida mejor. De ahí que aspire a una **prosperidad económica** que ofrezca mayor realización y bienestar. En Cuba no se da la excepción a este principio. Es normal que el cubano exija la existencia de mayores garantías para el logro de las aspiraciones individuales. Aquí entran el tema del salario justo, la vivienda, la propiedad privada, los proyectos familiares y/o personales, etc. Se hace necesario revisar el modelo económico y buscar vías de solución sin estancarnos en los muros que levantan las ideologías.

Con respecto a los **medios de comunicación**, personalmente creo que se han dado pasos de avance en este punto; pero me parece necesaria la atención a aquellos que no tienen voz. Para que así, seamos capaces de expresar nuestras inquietudes con honestidad, pero desde la responsabilidad y la bondad; siguiendo a San Agustín, quien nos recuerda que “en lo opinable, libertad; pero también caridad”. Entonces, la reconstrucción de nuestra Nación sería mejor con la ayuda de todos, incluso de aquellos que piensan distinto.



Isabel Díaz Torres

...el sistema tan verticalista creado y el hecho mismo de que la alta dirigencia del país básicamente es la misma desde hace más de cuatro décadas, ha mermado el protagonismo de los jóvenes en los últimos años, hecho comprobado en el deseo expreso de emigrar de una parte considerable de la joven población calificada y el surgimiento de las llamadas "tribus urbanas" que han invadido la calle G, del Vedado, con su carga de hedonismo y nihilismo.

Waldo Fernández Cuenca: Es una pregunta compleja y ambiciosa. Difícil de responder porque siempre sabes que obviarás algún tema que muchos consideran imprescindible para "cambiar el rumbo", pero la tentación es irresistible. En primer lugar casi todos coincidimos en que muchos aspectos de la economía deben cambiar para asegurar un mayor bienestar a la población cubana. Nuestro modelo agrícola ha fracasado (algo probado por especialistas en el tema, los cuales han propuesto una gama de soluciones que considero urgente tomar en cuenta). Los cambios en nuestra economía deben empezar por ahí, debido a los efectos multiplicadores que este sector tiene sobre todos los demás sectores económicos de un país. El excesivo burocratismo y la centralización de los recursos económicos de la nación están lastrando nuestros resultados, necesitados de un incremento sostenido de las fuerzas productivas. Se ha hecho evidente ya que el Estado no puede controlarlo todo y hacerlo bien, eso no contribuye a potenciar y estimular a los trabajadores, ni ayuda al desarrollo. Considero que los cambios estructurales en la economía cubana que todos deseamos y esperamos son el principal aspecto a cambiar, a partir de ahí se eliminarían tantísimos problemas de corrupción, ineficiencia y el mal funcionamiento de la sociedad.

Ariel Pérez Lazo: Esta pregunta implica previamente pensar en el mundo actual, del que Cuba no puede desligarse. El siglo XX fue escenario del ascenso de lo político al centro de la vida colectiva, relegando una serie de valores tradicionales, entre ellos los religiosos. Esta

situación fue magníficamente descrita por Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas*, quien la denominó como **politicismo integral**, la absorción de la vida social e individual por lo político, el reducir el valor de los individuos a su filiación política. Sin duda, se trata de una limitación; para decirlo con cierta ironía, tomándole prestada la frase a los marxistas de la escuela soviética, una posición metafísica.

Ahora bien, a dicho **politicismo integral** le ha sucedido la decepción, que es lo que experimenta mi generación. En efecto, el siglo XX experimentó el fracaso del socialismo diseñado fundamentalmente por Stalin -aunque heredó prácticas negativas que convirtió en política oficial-, solo parcialmente desmontado por sus seguidores, pero también fue un siglo desconfiado del liberalismo. La supuesta restauración capitalista en Europa y América después de 1989 ha tenido poco de liberal, ni siquiera el fracasado proyecto del ALCA era realmente liberal, era en todo caso un sistema "de competencia imperfecta".

Hoy se habla de un socialismo del siglo XXI, probablemente para marcar distancia con el del siglo XX, pero no encuentro delimitadas sus fronteras, pienso más bien que permanece, en parte importante de sus exponentes, como utopía y si fuera en ese sentido, se estaría abandonando uno de los supuestos esenciales de lo que se llamó el socialismo científico: su base en la sociología, la filosofía de la historia y la economía política, se estaría de vuelta al pensamiento de los socialistas utópicos.

Este fenómeno se expresa en la formación de una moda intelectual, la de ser anti-capitalista. Al parecer pocos se dan cuenta que ser anti-capitalista no es positivo, pues no puede haber una ética hecha de negatividades. Para atacar al capitalismo habría que buscar un sistema social que lo supere, quien no avanza más allá de su negación, asume posiciones cercanas al nihilismo.

Sucede, por otra parte, que el fracaso del socialismo del siglo XX, parafraseando a los políticos que hoy hablan de un nuevo socialismo, fue resultado de un error teórico básico, la suposición de que con la transformación de las estructuras económicas se produciría una transformación moral de la sociedad, de manera tal que desaparecería la mercantilización creciente de las sociedades modernas. Y nótese que se llegó a esta teoría a partir de que se consideró un fracaso el programa de la Ilustración: **a mayor educación, mayor virtud.**

Solo en estos términos podemos plantearnos qué camino deben tomar las reformas en Cuba. El país necesita primeramente de la claridad conceptual. Muchos intelectuales cubanos se refugian en el marxismo como una autoridad para sostener sus criterios críticos frente a las políticas oficiales; pero esta práctica está agotada. Las ciencias sociales y la filosofía no pueden seguir atadas a una hermenéutica, por demás a-histórica, de los textos de Marx y Lenin.



Lenier González Mederos

Asimismo no creo que la solución sea la estrategia turística que era entendida como la **locomotora de la economía** en los 90 –que ya fue intentado en los años 50- ni tampoco los términos actuales del intercambio con Venezuela (petróleo por servicios médicos). Será necesario retomar el proyecto inicial de la Revolución en 1959: la industrialización, dejando en manos de los especialistas tal cometido, además de evitar la caída en un obsoleto mercantilismo. Ésta no tiene que significar sustitución voluntarista de importaciones. En ese sentido, la relación con Venezuela podría ayudar a un auténtico desarrollo si los beneficios del intercambio son invertidos en la industrialización.

Para poner en claro estos términos sobre la salida de la crisis iniciada en 1989 se necesita superar la atmósfera de incomprensión en la que viven los científicos sociales, los filósofos y demás intelectuales, pero para eso es necesario un cambio de valores en la sociedad.

Paradójicamente, la Constitución cubana establece que la actividad científica es libre, lo cual implica que todo criterio científicamente demostrable tiene derecho a ser expresado y difundido. ¿Por qué no parece tolerable en las ciencias sociales, donde se exige al científico social y al filósofo la exactitud cuando bien sabemos que esto no es posible? Como puede verse, en nuestros problemas más concretos interviene la herencia de doctrinas como el positivismo, del que el ejemplo arriba citado es muestra, lo cual me hace sospechar desde hace algunos años que mientras se piensan los problemas sociales del país sin rigor filosófico no podrá ser vislumbrada una solución.

Será necesario además superar otra contradicción sobre la que no veo suficiente reflejo en la prensa y en los medios académicos. Desde 1990, aproximadamente, se abrió un nuevo período del proceso revolucionario caracterizado por la tolerancia de la práctica religiosa en nuestro país. Dicha tolerancia, paradójicamente, no alcanza a la posibilidad de asumir conceptos del mundo ajenos al materialismo marxista-leninista. Este fenómeno es claramente visible en el sistema de educación cubano en todos sus niveles.

Es hora de desligar la preferencia de un alumno o un profesor por una determinada concepción filosófica del mundo de las posiciones políticas que éstos puedan asumir, lo cual conduciría a que el materialismo deje de ser prácticamente la única concepción enseñada en las escuelas cubanas y que además, se renuncie a enseñarlo con el criterio de que constituye la **etapa superior** o **superación** de toda filosofía posible.

Asimismo, y es algo que me preocupa tanto o más que los problemas antes mencionados, se hace imprescindible resistir el alud de vulgaridad que está aplastando a la sociedad cubana y sus valores. No existe una política oficial que se proponga contrarrestarla y se hace imprescindible hacerlo en un país donde las instituciones tradicionales,

En este sentido, los cubanos deberán llegar a un acuerdo sobre cuál es el nivel de satisfacción de necesidades al que la sociedad **debe** aspirar o qué entiende la sociedad por **consumo**. Hasta que no quede claro este punto la salida de la crisis estará comprometida.

Pero saber lo que una sociedad quiere implica crear una serie de condiciones de las que aun no estamos provistos. El gobierno cubano ha reconocido que la institucionalización del país está por cumplir. Hemos vivido después del inicio de la crisis del campo socialista no menos de veinte años de provisionalidad. Esta etapa llegará a su fin y la importancia de establecer reglas transparentes no puede ser exagerada.

En tal sentido, también es hora de diseñar una estrategia que permita superar la grave crisis económica. El gobierno plantea acudir a eliminar subsidios y aumentar salarios proporcionalmente; pero no pienso que esto sea suficiente. Cuando se determinó cerrar gran parte de la industria azucarera se planteó ocupar el desempleo resultante en el sector de los servicios. No me pareció posible comprender entonces cómo con tal medida podíamos evitar un crecimiento aún mayor de la inflación. Pienso que, al menos, se debe invertir en sectores que todavía pueden ser importantes, como el azucarero, nuestra principal industria hasta hace poco tiempo, la que necesitará ser renovada técnicamente y diversificada.

reservorios de estos valores, como la Iglesia, se han visto debilitadas por el torrente de las transformaciones sociales.

Yerandy Fleites Pérez: En la política. Cuba es un país donde las razones políticas lo absorben todo, y somos una sociedad atenta a esas razones históricas. Creo que la política nacional debe considerar el diálogo directo con el individuo y no con la masa como si fuera cada individuo. Este criterio no excluye la idea de la conciencia colectiva, de pueblo, en la cual se sustenta nuestro hermoso proyecto social, pero hay que concientizar justamente que la necesidad, la idea, la realidad de uno no incumbe necesariamente a todos, y viceversa. Se hace necesario vitalizar el esfuerzo de cada quien, no neutralizarlo. Debemos ir de la masa al individuo, y del individuo a la masa; pero ir a lo individual, y que esto no signifique apresurar el regreso.

Isbel Díaz Torres: La gran centralización del orden institucional y del poder político es el principal aspecto a modificar. Llámese socialismo, comunismo, o cualquier otra denominación; si no se parte de un verdadero empoderamiento de las personas que conforman los grupos sociales, poco estaremos superando las tradicionales relaciones de poder. Cosméticas modificaciones de la democracia tradicional no rompen las asimetrías de poder históricamente establecidas. Como consecuencia, el establecimiento y propagación de una burocracia cada vez más poderosa ha inmovilizado en gran medida la capacidad de respuesta a los nuevos desafíos de la Cuba actual. El Estado ha desarrollado un excesivo aparato administrativo cuyos cargos no son rotativos, no son revocables en cualquier momento a todos los niveles, ni son controlados directamente por los ciudadanos.

En la base de estas relaciones de poder está la propiedad. En esencia, hemos sustituido la propiedad privada

Considero que el cubano es un ser solidario, incluso en las más precarias condiciones de la vida. No hablo de una solidaridad estigmatizada por la pertenencia o no a un partido, o a un proyecto ideológico; sino de la capacidad esencialmente humana de con-fraternizar, de hacer común-unión.

por la propiedad estatal (que no social), donde el Estado es dueño y administrador, mientras los trabajadores son asalariados que no tienen que ver con la gestión de una gran parte de los medios de producción y distribución. Este esquema estatista, además de agotado, solo ha permitido a las élites promover un modelo neodesarrollista cuya meta ha sido competir (infructuosamente) con las sociedades de consumo capitalistas, además de acentuar el proceso de desvalorización del trabajo como fuente de riqueza material y espiritual en la sociedad.

Límites tan férreos para la iniciativa, y un estricto control de los medios de comunicación tradicionales e Internet, nos han aislado de las nuevas tendencias que los movimientos sociales y cívicos han desarrollado en Latinoamérica. El modo altivo en que hemos asumido las luchas en el continente y el proceso de integración, nos ha hecho desconocer la fuerza de las diversas organizaciones económicas populares que han surgido en este. Las sesgadas muestras que nos llegan a través de la censurada televisora *TeleSur* son solo un anuncio, mientras los reportajes de la prensa nacional se enfocan casi exclusivamente en las penurias de los sectores más desprotegidos de estas sociedades.

Por otra parte, la educación bancaria, monológica, rígida, atrasada y desmovilizadora que se implementa en la Cuba de hoy, también denuncia la poca entrada que le hemos dado al pensamiento emancipador de Freire y los descolonizadores principios de la Educación Popular. Aún cuando estos se ensayen en limitados espacios nacionales, la integralidad de esos conceptos ameritaría una puesta en escena más radical y extensa.

Seguimos, como el resto del mundo, apostando por una ciencia enajenada de su objeto social, intentando competir con índices que rara vez se traducen en bienestar. Proyectos como los relacionados con el uso de organismos transgénicos carecen de transparencia para el público cubano, al igual que los referidos al uso de las áreas protegidas como destinos turísticos. Tampoco las prácticas agroecológicas han variado mucho, aún cuando los conceptos de agroecología, manejo integrado, cultivo protegido, sostenibilidad, etc., se manejan con frecuencia en los institutos de investigación científica de la Isla. Siglos de cultura indígena latinoamericana (conservada a contrapelo de intentos desarrollistas homogeneizadores), en diálogo con las problemáticas específicas de Cuba, pudieran darnos una lección de humildad, resistencia y saber; mas nos damos el lujo de ignorarlos.

Por último, el desarrollo de las libertades civiles no ha sido el que cabría esperarse en una sociedad como la nuestra. En cuotas desiguales los casos de racismo, sexismo, homofobia, machismo, persecución de personas o instituciones religiosas; han tenido sus momentos en la historia reciente, y han estado en mayor o menor medida

articulados a políticas sistémicas. De igual manera, en la sociedad actual la imposibilidad de una natural coexistencia de discursos políticos diversos (e incluso de algunos no esencialmente diferentes) limita estas libertades.

Lenier González Mederos: Sobre la necesidad de realizar cambios existe un consenso generalizado en la nación. Estos cambios son codificados de forma diversa por los diferentes actores sociales, de un lado a otro del espectro político nacional. La **reinención del socialismo, la transición a la democracia y la construcción de la CASA CUBA**, son los modos en que marxistas, liberales y católicos explicitan, en la hora actual, sus agendas particulares sobre el contenido de esos cambios. En este punto debo aclarar que cuando hablo de la CASA CUBA **no me refiero** a un proyecto político de corte demócrata-cristiano, es decir, a una plataforma partidista con fórmulas de centro-derecha compuesta esencialmente por católicos. La CASA CUBA, tal y como la soñamos, trasciende una visión partidista del quehacer político y abre las puertas a la promoción de una participación fraterna de todos los componentes de la nación cubana. La concreción política de este anhelo poético lleva implícita una metodología del encuentro y de la aceptación del otro, que se yergue sobre el reconocimiento de la dignidad plena del ser humano. De ahí su catolicidad.

Si logramos realizar el complicado ejercicio de cruzar los reclamos implícitos en las agendas de estos tres grupos nacionales, emanan algunos tópicos con alto grado de consenso. Estos consensos están relacionadas con la **redefinición de la vida económica del país**, con un repensar **la democracia y el Estado de derecho**, con el **fortalecimiento de las instituciones de la República**, con la **necesidad de que los medios de comunicación canalicen adecuadamente la opinión pública**, con la **optimización de políticas de inclusión y justicia social**, con el **incremento y la flexibilización de los vínculos de la nación con su emigración**, y con la búsqueda de una **nueva manera de interactuar en la esfera pública**, por solo mencionar aquellas áreas donde las coincidencias parecen ser más evidentes.

El clima creado en el país por el discurso del presidente Raúl Castro el 26 de julio de 2007 contribuyó a que estos anhelos de cambio, latentes en la sociedad cubana, alcanzaran mayor visibilidad. En algunas de estas áreas las transformaciones son imperiosas, pues están directamente conectadas con la capacidad de garantizar la gobernabilidad del país en el futuro. Las propuestas realizadas hasta el presente han emanado fundamentalmente del ámbito académico e intelectual, de algunos circuitos juveniles y universitarios, y de otros sectores de la sociedad civil cubana. **El gobierno cubano tendrá la gran oportunidad política, acaso la última, de capitalizar todos estos anhelos nacionales durante el próximo Congreso de Partido Comunista de Cuba.** Si realmente existe la

voluntad de tomarle el pulso al país y colocar a la Revolución en las coordenadas del siglo XXI, entonces la máxima cita partidista podría convertirse en un acontecimiento histórico.

Será este el último Congreso organizado y dirigido por el liderazgo histórico de la Revolución cubana, lo que hace evidente la cercanía del traspaso generacional en la conducción política de los destinos nacionales; arribaremos al Congreso con un sólido consenso en torno a la necesidad de realizar reformas en el país, pues lo que en principio fue un anhelo visible al interior de la intelectualidad y de la Iglesia Católica, en el transcurso del año 2007 se extendió como pólvora al resto de la ciudadanía, una vez que el Presidente de la República pronunciara el mencionado discurso del 26 julio de 2007 y llamara a todos los cubanos a debatir los principales desafíos del país. Además, tal como expresé en un reciente trabajo para esta revista, “el complejo campo religioso, la cuestión racial, los variopintos espacios culturales, los sectores intelectuales, los homosexuales, los más de dos millones de cubanos repartidos por todo el mundo, las ‘tribus urbanas’-mickis, rapas, emos y sus muchos et-céteras-, los actores del mercado formal e informal, la tecnocracia militar-empresarial”, la proliferación de las nuevas tecnologías de reproducción digital, entre otras realidades sociales de nuevo tipo, nos convencen de que la nación está viviendo uno de los momentos de mayor pluralidad social y cultural de su historia.

Creo oportuno –y necesario- aclarar que la posibilidad de concreción de estos cambios, anhelados por casi toda la sociedad cubana, opera sobre un escenario de posibilidades y escollos, donde deben ser tenidas en cuenta un conjunto amplio de variables políticas, económicas, sociales, etc. Sin embargo, pienso que la implementación de esos cambios es apremiante: de esas transformaciones dependerá la legitimidad política que tendrán en el futuro de Cuba quienes han impulsado el proyecto revolucionario.

4. ¿Qué transformaciones concretas usted propondría en aquellos ámbitos que más le conciernen?

Marlon González Ocaña: En el ámbito de la educación propondría: **a)-la creación de escuelas religiosas**, con el fin de otorgarle a los padres el derecho de darle a sus hijos la educación que estimen conveniente; **b)-enseñar la Historia y la Filosofía sin el enfoque reduccionista del marxismo**, abriéndose así a la diversidad y riqueza del pensamiento humano. Esto supone una revisión profunda de las materias implicadas y la elaboración de textos más imparciales; **c)-velar porque los maestros estén debidamente preparados y posean una vida coherente y digna de imitar**, pues se trata de educar para

la vida, y el mejor modo de hacerlo es dando ejemplo; **d)-facilitar los medios necesarios para que la educación se dé en un ambiente digno y saludable.**

Con respecto a la economía: **a)-establecer un salario justo**, que tenga en cuenta la posibilidad de adquirir no sólo los medios indispensables, sino las condiciones de una vida digna. Claro, esto implica aceptar nuevas estrategias económicas; **b)-dar espacio a los proyectos creativos de carácter privado**, todo esto en correspondencia con el principio de subsidiariedad; **c)-poner el acento en el sector agrícola**, aspecto que ha estado muy descuidado y que, con inversiones bien dirigidas, sería un peldaño importante en la restauración de la economía nacional.

En la política: **a)-crear una plataforma de diálogo que tenga cada vez más en cuenta las necesidades concretas del ciudadano, especialmente de los más necesitados.** Creo que en esto hemos avanzado, pero no podemos disminuir el ritmo; **b)-que Cuba se abra más al mundo**, sin aferrarnos a posturas dogmáticas ni a mecanismos y actitudes del pasado; **c)-la política del gobierno debería pensar más en la familia cubana**, atender a sus necesidades y brindarle espacios de reconciliación. No digo que no se haga, sino que éste debe ser un punto vertebral en el rumbo y las decisiones políticas que se tomen.

En cuanto a las **relaciones Iglesia-Estado**, –y perdonen que insista en esta idea– creo que la Iglesia tiene mucho que iluminar, desde Cristo, los diferentes ámbitos del acontecer nacional. En los medios de comunicación, en la educación, en la familia, en los proyectos sociales, en las ciencias... en fin, en donde esté implícita la persona humana, cuya vocación última es realmente una sola, –tanto para el creyente como para todo hombre de buena voluntad– la vocación divina.

Waldo Fernández Cuenca: Los jóvenes que hoy estudian en Cuba periodismo siempre tienen el reto de superar –a veces con razón– lagunas y esquematismos pertenecientes al ejercicio de la profesión en la Isla, lastrado por esa concepción mental de plaza sitiada que no nos abandona. Esta es una profesión que hay que ejercer con responsabilidad, pero también con una carga de honestidad y valentía tremenda. Yo propondría concebir otra manera de enfocar y debatir los problemas de nuestra sociedad, pero eso conllevaría un contexto social y político diferente, que habría que alcanzar primeramente para llegar a lo antes expuesto. Nuestro periodismo actual pasa por una profunda crisis de credibilidad lo cual genera apatía y descreimiento hacia nuestros medios, altamente centralizados y supervisados por el Estado cubano. La crisis de la sociedad cubana va tomando en la mayoría de sus ámbitos ribetes estructurales, lo cual compromete mucho el futuro y va haciendo muy incierto el presente.

Ariel Pérez Lazo: El ámbito que más me concierne es el relativo a la educación superior. Creo primeramente que será necesario modificar los programas de estudio de las carreras que incluyen la filosofía. Sería necesario en dicha reforma dar más espacio a la historia de la filosofía, y dentro de ésta a aquellas figuras de mayor peso para el pensamiento posterior.

No se puede comprender la dialéctica marxista si el estudiante prácticamente ignora a Hegel, Kant, Spinoza y Aristóteles. El tiempo otorgado a la filosofía es escaso, fruto de la herencia positivista (recordemos el Plan Varona, confeccionado durante la intervención norteamericana) y difícilmente se tolere a nivel social ampliar este tiempo, lo que exigiría a los profesores de filosofía un esfuerzo extraordinario por hacer valer la importancia de su asignatura ante unos estudiantes cada vez más influidos por el criterio técnico-mercantil del conocimiento, ajenos a conceder importancia a la especulación.

Si bien los programas de Filosofía y Sociedad adolecen de pérdida de la necesaria historicidad, pues se estudia a Lenin sin conocer nada sobre el neo-kantismo o la llamada filosofía de la vida, tampoco la solución podría ser acudir a lo que pudiera denominarse como historicismo vulgar, otra de nuestras plagas intelectuales, donde lo importante no es el pensamiento del filósofo, sino la época donde vivió. Pienso que deben reelaborarse los textos y programas donde queden sintetizadas –y esto requerirá del esfuerzo arriba aludido– aquellas teorías que constituyen las bases de la filosofía moderna y contemporánea.

Otra reforma importante está en lograr la no-confesionalidad de estos contenidos. Muchos profesores se abstienen de enseñar el pensamiento filosófico de raíz cristiana como el de Kierkegaard o Gabriel Marcel, por solo citar un caso, o se limitan a reducir la filosofía medieval al problema de la **relación entre la fe y la razón**, problema inactual en un mundo cada vez más secularizado y que solo tiene sentido para el previamente creyente.

...pocos se dan cuenta que ser anti-capitalista no es positivo, pues no puede haber una ética hecha de negatividades. Para atacar al capitalismo habría que buscar un sistema social que lo supere, quien no avanza más allá de su negación, asume posiciones cercanas al nihilismo.

Esta abstención se debe a una especie de confesionalidad atea presente en la educación superior. Será necesario incluir el pensamiento filosófico antes aludido como una forma de interesar en tales conocimientos a muchos creyentes. Si no se hace esto estamos en riesgo de crear una cultura escindida como la que hoy se vive en Estados Unidos, un país que tanto nos ha influido, donde el campo fundamentalista y el secular viven en permanente conflicto, sin acudir al diálogo.

Es una paradoja que las iglesias y las clases de yoga se llenen y nadie esté interesado en conocer la metafísica de Plotino o San Agustín. Ser culto no es solo conocer, sino, parafraseando a Ortega y Gasset, llevar a su mejor expresión las necesidades y actividades propias. Lo que está en crisis no es por tanto la necesidad de la filosofía, sino las formas concretas que esta ha asumido en la enseñanza y en el mundo académico. Y la historia demuestra que cuando se rechaza la filosofía se asume en sustitución alguna otra, lo que de contornos torpes y esencia arcaica.

Sería necesario, por otra parte, dentro de esta reforma propuesta, dar espacio a la ética. La crisis de valores que no es sólo nacional, ya hoy reconocida, necesita de dicha disciplina filosófica. Creo que en este campo será necesario acudir a la creación, porque no encuentro una correspondencia entre la ética enseñada en la disciplina universitaria de filosofía y la recepción de ésta por los estudiantes. Insistir en la

plasmación, en la vida concreta, del conocimiento ético adquirido es un verdadero desafío en un mundo marcado, incluso desde cierta filosofía, por el relativismo.

Sin embargo, la introducción de estos contenidos teóricos quedaría sin resultado si no se recupera la autonomía de las cátedras universitarias. Permitirles a los profesores la más amplia libertad para adaptar los contenidos a las características y aspiraciones de sus estudiantes sería vital.

La tendencia a reducir la práctica docente a criterios metodológicos, así como la investigación a los métodos cuantitativos y a una especialización estrecha, conllevan a que cada vez sea más frecuente ver borradas la barrera entre los profesionales y los que no lo son. La misma cultura mediocre aún dominante en los medios masivos, que tanto critican los escritores, por ejemplo, es la consumida por este sector. No podrá resolverse el des-estímulo que sienten los profesionales dedicados a las humanidades si el mercado editorial demanda producciones mediocres, y

de esto solo se sale, no tanto con más apoyo estatal, sino elevando el nivel de ese mercado a través de la educación.

Asimismo, será necesario que la influencia de los profesores en los estudiantes, motivada hacia la adquisición de determinados valores, incluya el talante propio de los profesores universitarios.

También deseo referirme a otro ámbito que me compete y es la Iglesia. Soy laico de una iglesia protestante, pero he notado que las diferentes iglesias, en general, experimentan dificultades semejantes. En mi criterio, las iglesias no están haciendo en toda medida lo que están llamadas a hacer en la sociedad cubana, en este caso a promover auténticos valores.

Aunque en términos generales —y subrayo esta generalización— se enseña la moral cristiana, pero se reconoce a aquellas personas que previamente han obtenido reco-

nocimiento en el mundo secular. La atención se dirige a un músico, un escritor o profesor secular que acude a un centro religioso a dar un concierto o una conferencia, pero se deja a un lado a los que en las propias iglesias tienen igual o mayor talento, mas, por razones que ahora no puedo entrar a analizar no obtienen igual reconocimiento en el mundo secular.

También constituye un grave problema la desconfianza hacia el

La gran centralización del orden institucional y del poder político es el principal aspecto a modificar. Llámese socialismo, comunismo, o cualquier otra denominación; si no se parte de un verdadero empoderamiento de las personas que conforman los grupos sociales, poco estaremos superando las tradicionales relaciones de poder.

pensamiento, a la que recientemente hizo referencia monseñor Carlos Manuel de Céspedes en la revista *Palabra Nueva*, referido al ámbito católico, pero que se da con la misma o mayor fuerza en el resto de las iglesias. El mundo intelectual cubano, por casi siglo y medio, ha estado distanciado de las iglesias y acudir a una **edad de oro**, como la del período del padre Varela, sólo sirve para subrayar lo distante en el tiempo de dicha **época dorada**. Desandar ese camino solo será posible si a los laicos que poseen el talento y la preparación académica requerida les es permitida una mayor responsabilidad en la enseñanza de las materias que dominan, dentro de las iglesias, y por solo poner un ejemplo, en los seminarios —nótese que hablo sin especificar confesión alguna—, de manera que el nivel medio de los feligreses pueda elevarse y pueda ser posible la comunicación con la sociedad cubana, que no se da solamente a nivel de élites.

Yerandy Fleites Pérez: Yo creo que a la juventud debería dársele mayor protagonismo. Aunque el ámbito del que me toca hablar sea, quizás, el relacionado con la cultura, creo que sería válido, oportuno, vivenciarlo en cualquier sector de la sociedad cubana actual. Existen organizaciones, es cierto, y espacios aislados donde el pensamiento joven verdea; pero las organizaciones, en este caso culturales, son el enmascaramiento de ese supuesto “protagonismo”, que responde a otros intereses, sé sabe; y respecto a los casos individuales, y perdóneseme el denominativo, no pasan de ser artistas o pensadores de ocasión que se pierden en el camino, y que no significan nada si pensamos en la necesidad de una substancia, de una maquinaria, de un estrato similar al de nuestra política cultural de hoy, ya deteriorada, envejecida. Y que no se vea en el sentido *snoob*, pero los jóvenes en su momento, cuando les corresponde, en la hora exacta, no proyectan realmente nada, no les es posible hacerlo, no pueden debido a esa maquinaria infernal que, poco a poco, al pasar de los años, como toda buena maquinaria, los va incorporando a sus filas, los asume, no para transformar (el pensamiento, el canon), no para dar cauce, sino que los adopta, los acomoda, y entonces escurridizamente, aceptamos. Hay que posibilitar que este estrato soso y pesado se mueva, y así evitar tantos y tantos extravíos.

Isbel Díaz Torres: No existe un principio único de transformación social, y esa sería una de las premisas más importantes a seguir. En cualquier caso, dos ideas no deberían ser perdidas de vista: la lucha contra la restauración del capitalismo, y la lucha por el empoderamiento popular a través de la participación, la libertad de acción y expresión.

Sin cambios estructurales en el diseño político y económico imperante en Cuba y el mundo, no es posible un verdadero cambio. “Jugar” acatando las leyes del enemigo, es una derrota segura. Es por eso que la apropiación de las concepciones capitalistas de democracia, debe ser asumida por los que trabajamos desde la izquierda, a fin de transformarlas en contrahegemónicas, comunitarias, verdaderamente radicales.

El desarrollo de los movimientos sociales –esos que fueron reprimidos en Copenhague–, se anuncia como un válido mecanismo alternativo para concertar las fuerzas e intereses de las grandes mayorías, hasta ahora ignoradas por los gobiernos-estados mundiales. Desde Cuba debemos profundizar las relaciones con estos movimientos (indígenas, afro, feministas, sin tierra, GLBT, sectores populares urbanos) en América Latina, estimulando sobre todo las relaciones horizontales, libres de control burocrático u otro tipo de censura.

Particularmente apuesto por las iniciativas comunitarias de desarrollo, donde el poder creativo de cada hombre y mujer encuentre su cauce junto a los que viven una realidad común. Esta dinámica de descolonización cul-

tural se opone a las lógicas del productivismo, la competencia, el consumismo, o cualquier otro tipo de enajenación. El cambio que proponemos se detiene en la subjetividad del individuo y nos invita a reconocernos como personas ecodependientes. Sólo una verdadera y profunda transformación personal nos preparará para asumir el reto del cambio de paradigma.

La Constitución cubana, así como gran parte del cuerpo legal que la completa, deben ser sometidos a una ardua reestructuración y actualización. Ese trabajo deberá redefinir la centralidad del proyecto para colocar en él no al Estado, sino a los ciudadanos, como sujetos de las transformaciones en la sociedad. Es para ello imprescindible dar garantías para la autonomía ciudadana. De igual modo, la concepción del Partido Comunista debe ser reevaluada, de modo que no sustituya en sus funciones a las estructuras de gobierno.

Es imprescindible también limitar el ejercicio prolongado del poder, sabiendo que ello representa un peligro al atrofiar el pensamiento crítico del pueblo, enajenándolo del proceso de toma de decisiones y el manejo de información, a la par que limita y manipula la capacidad popular de construir su propia realidad.

En mi caso me gustaría destacar la necesidad de sustituir nuestra ley ambiental por un cuerpo que verdaderamente proteja nuestra naturaleza, sancione de modo severo las contravenciones de personas naturales y jurídicas, y premie el activismo ecológico. Claro, sería para ello imprescindible la real independencia del aparato jurídico, del gobierno.

Asimismo, debe ser acometida la socialización de los medios de comunicación y sus políticas editoriales, liberando así los flujos de información, y haciendo posible que toda la sociedad pueda usar de los medios existentes o generar otros.

Por último, las metodologías implementadas en Cuba para la educación a todos los niveles deben ser críticamente revisadas. La demorada entrada de Paulo Freire, Augusto Boal y otros en el pensamiento pedagógico cubano, podría ser el inicio de la democratización de nuestras escuelas. La descolonización de la pedagogía para resemantizarla con una estética de liberación, caracterizada por el diálogo, la participación, la motivación, la creatividad y la osadía, es una aventura que debemos emprender. Prácticas como la construcción de escenarios democráticos, y la producción y evaluación colectivas, deben implementarse y trascender los espacios académicos; a la vez que es preciso reinventar las propuestas de la Educación Popular en el diálogo con nuestra propia tradición pedagógica.

Lenier González Mederos: Dar respuesta a esta pregunta implicaría referir un glosario inmenso de propues-

tas, que se irradiarían hacia los más variados rincones de la realidad nacional. Quisiera referirme a dos áreas donde me parece que las transformaciones son imperiosas: la economía y la relacionada con la gran pluralidad social existente en el país.

El país necesita una vasta reforma económica, que coloque en manos de los cubanos de la Isla los medios y espacios necesarios para convertirse en actores protagónicos de este importante quehacer. No soy un especialista en el tema, pero los caminos a seguir tienen un alto grado de consenso entre los principales economistas del país y de la emigración. La principal transformación tiene que ver con el **rediseño de las formas de propiedad**, dando más espacio a la propiedad privada y cooperativa-autogestionada. Además, en el futuro, debe ser clave el papel del Estado como regulador de estos procesos: en sus manos deben quedar los sectores estratégicos del país. El Estado debe impedir a toda costa que ese camino resulte en un **ajuste asimétrico** de la economía que coloque al margen a dos o tres millones de cubanos.

La reforma económica es de vital importancia de cara al futuro -no solo para aliviar las carencias que vuelven casi agobiante e insoportable la vida en Cuba-, sino que **debe apuntar estratégicamente hacia un fortalecimiento económico interno ante un potencial afán restaurador por parte de algunos sectores económicamente solventes del exilio cubano**. De lo que se trata es de encauzar adecuadamente -con inteligencia y bondad- la relación económica entre Cuba y la emigración, para que ello no resulte en una nueva relación de dominación de unos sobre otros. Si aspiramos a que los cubanos de la Isla sean los protagonistas indiscutibles en este proceso, entonces **la reforma económica se vuelve impostergable**.

Creo que otro gran desafío de cara al futuro es **lograr una articulación complementaria y orgánica de toda la diversidad existente en el país**. Resulta imperioso desplegar una gestión política para lograr encauzar adecuadamente esta potencialidad. En ese sentido, la "reinención" del socialismo cubano no pasa solamente por un criterio de **funcionalidad** económica, sino por la posibilidad real de acoger e integrar la creciente pluralidad de subjetividades presentes en la sociedad cubana. Asumir este reto lleva implícito el rediseño radical de las instituciones estatales y de la arquitectura del actual Partido Comunista de Cuba, para que pueda acoger efectivamente en su seno a toda esta diversidad de la que hemos hablado.

En pleno siglo XXI tenemos el reto, como nación, de ampliar los horizontes de un imaginario político que se ha limitado a la defensa de una cuota de justicia social y de la soberanía nacional, e inaugurar un camino que logre garantizar -junto a estos logros irrenunciables- el ejercicio de los deberes y derechos del ser humano como base del proyecto nacional. La decisión de asimilar la "otredad" llevaría en sí el reto de redefinir los márgenes actuales de inclusión/exclusión en la participación política de los

actores sociales. O lo que es lo mismo, **redefinir radicalmente lo que hemos entendido tradicionalmente por Revolución y contrarrevolución**. Estar a la altura de semejante responsabilidad implica dar respuestas políticas creativas y audaces, que rompan el canon de lo que hasta hoy ha sido **políticamente correcto** en el socialismo insular, y que redunden en un ensanchamiento del consenso político al interior del país.

De lo que se trata, en esencia, es de **rearticular ese consenso entorno a un orden republicano que sea capaz de llevar hasta las últimas consecuencias el legado martiano para Cuba: una patria con todos y para todos los cubanos**.

5. ¿Qué debería hacer la juventud para lograr dichas mejorías?

Marlon González Ocaña: Según el padre Varela en *El Habanero* "(...) la juventud, que por ser generosa, siempre es incauta, cae con frecuencia en los lazos de la más negra perfidia". Y es que el joven tiene una fuerza y pasiones muy vivas, que le hace deleitarse con toda lucha, sea de la clase que fuere; pero en las primeras etapas de su juventud -algo que se puede aletargar- la razón está muy poco ejercida, y la experiencia casi nula; de tal modo, que no ha podido producir el hábito de moderación que suele conseguirse en la mayor edad. Por supuesto que esto interpela también a las otras generaciones. Lo primero es caer en la cuenta de que la juventud, por sí sola no avanza, necesita de la herencia y pedagogía de los mayores. Éstos han de hacer que el joven cubano se levante de la pereza y responda a las exigencias de su tiempo. No nos confundamos con aquello de que "la juventud está perdida"; pues, aunque para muchos es dudoso, el joven ama lo recto. Solo es necesario sabérselo presentar.

Debe dejarse guiar, y afrontar con responsabilidad los desafíos de cada una de las esferas del acontecer nacional; buscar la belleza en el trato, el lenguaje, los estudios, y en el modo de presentarse ante los demás. No debe reprimir sus deseos de trascendencia, ni sus justos sentimientos. Tampoco ahogar sus proyectos en la inmediatez del pragmatismo y la desilusión del éxito. Debe comenzar por conocer más sobre su historia, y no renegar de su suelo. Asumir su compromiso con Cuba, compromiso, que en palabras del papa Juan Pablo II a los jóvenes en Camagüey "(...) esa es la respuesta valiente de los que no quieren malgastar su vida, y quieren ser protagonistas de su historia personal y social".

Ser joven no significa ser un segregado de la sociedad, un **intocable** o un ser proveniente de la estratósfera que no halla su espacio entre los niños o los abuelos. Se aprende a ser joven en contraste con las demás generaciones. Por ello, el mayor compromiso que debe afrontar el

joven cubano es ocupar su lugar en la familia y contribuir a la unidad y prosperidad de la misma. Termino citando nuevamente a Juan Pablo II, cuyas palabras a los jóvenes cubanos hago mías:

“(…) acojan el llamado a ser virtuosos. Ello quiere decir que sean fuertes por dentro, grandes de alma, ricos en los mejores sentimientos, valientes en la verdad, audaces en la libertad, constantes en la responsabilidad, generosos en el amor, invencibles en la esperanza. No dejen para mañana el construir una sociedad nueva, donde los sueños más nobles no se frustren y donde ustedes puedan ser los protagonistas de su historia. Recuerden que la persona humana y el respeto por la misma son el camino de un mundo nuevo”.

Waldo Fernández Cuenca: Si un sector de la población cubana apostó por el nuevo proyecto social que la Revolución propuso, ese fue el de la juventud cubana, que vio en ella el despertar definitivo de la nación, la realización plena de los más altos ideales de justicia e igualdad social. No podemos olvidar que la Revolución la hicieron los jóvenes, basta con decir que Fidel Castro tenía solo 32 años en 1959. Los grandes momentos del último medio siglo han sido protagonizados en su mayoría por los jóvenes, desde la Campaña de Alfabetización en 1961 hasta las guerras internacionalistas en Angola y Etiopía.

Pero en la actualidad, el sistema tan verticalista creado y el hecho mismo de que la alta dirigencia del país básicamente es la misma desde hace más de cuatro décadas, ha mermado el protagonismo de los jóvenes en los últimos años, hecho comprobado en el deseo expreso de emigrar de una parte considerable de la joven población calificada y el surgimiento de las llamadas “tribus urbanas” que han invadido la calle G, del Vedado, con su carga de hedonismo y nihilismo. La juventud cubana, para lograr mejorías, debe obtener mayores cuotas de poder y participación social, debe sentir que sus más caros anhelos son tomados en cuenta; de lo contrario una posible reversibilidad del proceso revolucionario en tiempos futuros lo asumirían quienes hoy ven sus metas totalmente incumplidas, siendo en su incuestionable mayoría los jóvenes. Muy sintomático fue lo ocurrido en el espacio *Último Jueves*, de la revista *Temas*, en el mes de febrero del 2009, que estuvo dedicado a analizar *¿Qué piensan y hacen los jóvenes?* Allí un joven que no pudo expresar todo lo que deseaba hizo un ejercicio de catarsis incontrolable y sabotó el curso normal del debate. Más allá de los excesos cometidos por parte de este jovencito, quedó en el tintero los contados espacios institucionales donde la juventud puede expresar sus inquietudes e insatisfacciones para hacer de Cuba el anhelo martiano de “con todos y para el bien de todos”.

Ariel Pérez Lazo: La juventud necesita dedicación al estudio, búsqueda de nuevas fuentes teóricas, necesita dotarse de una gran curiosidad hacia lo que le rodea. Esos jóvenes que veo alcoholizados o aburridos en algunos parques de la capital me dan la impresión de estar carentes de sentido. Entiendo que puedan ver algunas puertas cerradas para sus aspiraciones. Eso pasa con las sociedades cuando, por una razón u otra, justificadas o no, se establecen demasiadas reglamentaciones. Ningún país escapa a esa situación, lo que cambia son sus grados.

Sin embargo, creo que los jóvenes pueden hacer mucho aún en Cuba. Pueden pensar, escribir, asociarse, no creer que son excepciones de la regla, pues puede haber muchos con las mismas inquietudes y deseos de renovación; entender que pese a los obstáculos económicos o de otro tipo en Cuba pueden lograr mucho. Será necesario superar lo que en otra época y estereotipadamente se llamaba **el perfil estrecho**. Que los jóvenes que estudian carreras técnicas se interesen por las humanidades y los que estudien humanidades lo hagan por los temas científicos. Esa **cultura integral** para la cual no basta ser espectador de los cursos de *Universidad para todos* le es necesaria a los jóvenes para influir en el futuro del país. Implica, asimismo desprenderse de ver al conocimiento como algo utilitario y renunciar a resultados económicos inmediatos, pues los frutos materiales del trabajo intelectual se obtienen a largo plazo.

Los jóvenes deben crear al menos parte de los espacios para la renovación moral e intelectual que el país necesita. Parece un reto que sean los jóvenes los encargados de esta función, pero son ellos los que más necesidad sienten de expresar sus inquietudes.

En el caso concreto de las necesidades de transformación de la educación arriba mencionadas, los jóvenes pueden incorporarse a la docencia con la aspiración de educar, de transmitir lo que han descubierto.

En el sector artístico cubano puede verse, todo un movimiento juvenil dedicado a formar grupos musicales, de artes escénicas y hasta de literatura en el caso de los talleres literarios. Si pudiera lograrse algo parecido con el pensamiento, la historia, la sociología, la filosofía, etc., se habría avanzado mucho. Pudiera asimismo concebirse la creación de publicaciones. Estos movimientos espontáneos o informales, que son la vida de la sociedad que tiende naturalmente al anquilosamiento, solo pueden ser impulsados por los jóvenes.

Yerandy Fleites Pérez: La juventud debe **hacer**, porque lo necesita y lo debe. Pero **hacer**, no **negociar**. En un momento de nuestra historia como el que estamos viviendo, el arte y la cultura, en sentido general, tienen que defender la verdad. Es necesario observar, escuchar,

estudiar la sociedad cubana contemporánea, y utilizar ese material resultante como cimiento de nuestras obras. Debemos divagar menos y acercarnos más y más a nuestra realidad inmediata, al aquí y al ahora, y hablar de ella sin falsa retórica. Yo diría que la juventud, y tal vez la juventud de todos los tiempos, debe heroicamente nombrar otra vez todas las cosas, cada cosa, y cancelar aquella que por su forma no estalle.

Isbel Díaz Torres: Nuestra juventud es diversa, inquieta, y ya está haciendo. Mientras algunos se detienen a pensar los pasos que darán, ya los jóvenes se encuentran, se articulan, accionan. Puede ser alrededor del consumo, o de un tema de *Los Aldeanos*, de un taller literario, o de un taller de reparación de almendrones; pero está claro que no van a esperar las “orientaciones de arriba”. Aún cuando para muchos la emigración se presenta como respuesta desesperada para la concreción de sus aspiraciones, siguen pensando a Cuba desde sus destinos geográficos y los deseos de participar en una transformación común no se extinguen.

Los jóvenes debemos desconfiar de todo lo establecido: de la academia, de las leyes, de los libros, de las noticias del Noticiero de la Televisión Cubana y las de Internet. Y a la vez que desconfiamos, podríamos recuperar nuestra capacidad de asombro ante la naturaleza, la gente más común, en fin, ante la belleza.

Las nuevas tecnologías han democratizado el flujo de la información. Los jóvenes deberíamos (y de hecho lo hacemos) apoderarnos de esas tecnologías para conectarnos entre nosotros y con el resto del mundo. Aún cuando muchos se dejen penetrar por el glamur de las sociedades de consumo, otros estarán intentando ver cuánto de cierto hay en eso de “socialismo chino”, o “socialismo del siglo XXI”. Ya se pasan los videos censurados en la TV, o las manifestaciones de los alumnos del Instituto Superior de Arte (ISA), o las fotos de la marcha contra la violencia. El sentimiento de solidaridad logra esa socialización de que hablamos en teoría, lo que hace que un correo electrónico, una cuenta de Internet, un mp3, una cámara digital o una computadora tengan un radio de acción mucho más amplio del que podamos imaginar, y un número de usuarios casi ilimitado. Es por eso que los artistas jóvenes necesitan cada vez menos de las instituciones que “almacenan” el arte, a la vez que poseen un público inmenso.

Somos los jóvenes quienes reinventaremos el Estado y la Democracia. Existe un florecimiento de la teoría social crítica en las investigaciones de ciencias sociales, así como un auge del pensamiento progresista con proyección política, verificado en los movimientos sociales y propuestas políticas que habitan nuestro presente. Los jóvenes son autores de esta crítica, de estos movimientos, que se irradiarán ya sin los filtros “purificadores” de la censura.

Muy tímidamente en Cuba nos sumamos a la causa ecologista, al feminismo, a los movimientos de lucha de la diversidad sexual, contra la violencia, e irremediamente estas áreas de acción contarán con la impronta de nuestra juventud más desinhibida, militante, activista. La nueva utopía que es preciso crear no emanará de los congresos de la UJC o el PCC, sino que se está comenzando a conformar en los irregulares espacios de encuentro de los jóvenes ahora mismo. Y esos jóvenes son los que, muy probablemente, reconfigurarán y participarán de las posiciones de poder a mediano plazo en la Isla.

No sé cuánto de consciencia o inconsciencia tiene el proceso de construcción de una hegemonía-otra, pero el accionar de la juventud estará definitivamente en el centro dispersor de este nuevo paradigma.

Lenier González Mederos: Creo que **el primer imperativo sería permanecer en Cuba**. Detener la sangría de miles de jóvenes que año tras año abandonan el país en busca de nuevos horizontes debe ser una tarea asumida con pasión. En este sentido, el gobierno cubano tiene una responsabilidad mayúscula, pues para revertir esta tendencia se necesita acometer sin dilaciones un rediseño de la vida nacional, que le permita a las nuevas generaciones satisfacer en Cuba todas sus aspiraciones y sueños. Mi generación posee un nivel de formación elevado, pues somos hijos de uno de los sistemas de educación mejor articulados del hemisferio; por tanto, poseemos aspiraciones materiales y espirituales crecientes.

Pienso que sería muy provechoso si cada joven en su puesto laboral, de estudio o en aquel proyecto cultural o cívico donde esté implicado, **defienda sus puntos de vista con argumentos, con mesura, sin apelar a estrategias de descalificación del contrario**. Semejante actitud demanda valentía y entereza personal, capacidad de escuchar, apertura y respeto por el que piensa diferente, sin ceder un ápice a la confrontación. Creo firmemente que es un imperativo de las nuevas generaciones contribuir a la consolidación de una cultura del diálogo en Cuba.

